

LOS NIÑOS EN LOS KARAMAZOV

Trabajo de la Cátedra de «Psicología del niño y del adolescente» de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Barcelona. Curso 1955-56.

I. En la novelística de todos los tiempos, el niño y el adolescente, cuando no son el tema central de la narración, sólo salen en ella como pretexto para crear alguna situación dramática, desapareciendo bien pronto tras una muerte temprana, como si al autor sólo lo estorbaran. Sin embargo, hay una gran excepción: *Los hermanos Karamazov*, de Dostoievski, de las más grandiosas novelas que se hayan escrito.

Una de las traducciones castellanas de esta obra, la de Ismael Antich, consta de 742 páginas, y de ellas, en 82 el elemento fundamental es el niño o el adolescente. La cantidad no es exigua para una novela en la que el elemento fundamental es el hombre adulto, pero la calidad es aún mucho más importante. Los ocho seres situados entre la niñez y la adolescencia que aparecen en aquellas 82 páginas, no tan sólo son fundamentales para tales páginas, sino que por lo menos dos de ellos son fundamentales para la obra entera. Sin la presencia de Ilucha y de Kolia, los Karamazov quedarían truncados y muchas de sus cosas no tendrían explicación. Para comprender lo que representa Dimitri Karamazov son indispensables Katerina Ivanova y Gruchineka, pero también lo es Ilucha. Para comprender la profundidad del escepticismo de Iván Karamazov, para comprender toda la grandeza de Aliocha Karamazov, es necesaria la presencia de Kolia, que amplifica su abismo y su cúspide.

Después de las 734 páginas primeras, tan intrigantes, tan angustiosas, eran totalmente imprescindibles las ocho últimas con el entierro de Ilucha, en las que se dicen las cosas mejores y en las que el espíritu se eleva hacia aquellas regiones de las que unos Karamazov han caído y a las que otros han llegado gracias al empuje de aquel Ilucha que ruega a su padre que esparza migajas de pan sobre su sepultura para que los gorriones vayan a hacerle compañía.

II. ¿Qué es lo que ocurre en aquellas 82 páginas? Dijimos ya en un ensayo anterior (1) que en los libros de Dostoievski los hechos no cuentan; sólo cuentan las ideas y su sombra sobre los hombres. En estas 82 páginas ocurre lo mismo. Los hechos, insignificantes casi, sólo sirven de esqueleto

(1) «Inconsciencia, consciencia y supraconsciencia de los Karamazov». *Medicina Clínica*, mayo 1953.

para que en ellos prenda la carne de unas acciones y reacciones íntimas, de unas situaciones interiores que tienden a surgir al exterior en forma de idea, de duda, de protesta, de entusiasmo. De algo que define en muy pocas palabras lo que es y lo que puede ocurrir en el espíritu del niño, del adolescente.

Dostoievski, que tanto ha sabido penetrar en el pozo humano, también ha sabido penetrar en la interioridad del niño, y como si no quisiera hacer más largo el proceso de la novela, para explicarnos a Dimitri, Iván, Aliocha desde su niñez, crea estos Ilucha, Kolia, Smuvov, Kartachov, que nos dicen todo lo que pudo haber en el alma de aquellos hermanos que viven el sufrimiento de su vida adulta.

Por algo Dostoievski, al final de su obra, cuando ya quedan muy pocas líneas, pronuncia por boca de Aliocha una de las mejores lecciones de pedagogía cuando le hace decir: «—Oiréis hablar mucho de educación, pero sabed que la mejor educación proviene del recuerdo de algo bueno, de algo elevado, que conservamos desde nuestra infancia.»

Sin embargo, para el buen conocimiento de estos niños, nos parece conveniente trazar un esquema de los hechos que los envuelven. Dimitri Karamazov, en una noche de borrachera, discute con un desdichado capitán expulsado del ejército, y cogiéndole por los pelos rojos de la barba, lo arrastra ignominiosamente por la calle. Ilucha, el hijo del capitán, sufre terriblemente por la afrenta y va tras ellos, implorando a Dimitri que suelte a su padre. Para conseguirlo coge la mano del agresor y la besa con una expresión en el rostro que su padre no podrá olvidar nunca jamás. Después de esta afrenta Ilucha sufre las burlas de sus compañeros que llaman a su padre «barba de estopa». Kolia, que tiene trece años y siempre hace constar que va a cumplir catorce dentro de quince días, sale en defensa de Ilucha, que desde aquel momento siente crecer la admiración que ya le tenía por sus hazañas. A pesar de ello, en una reyerta con los demás niños, se siente tan furioso que clava un cuchillo a Kolia. Smerdiakov, el Karamazov turbio, induce a Ilucha a cometer la vileza de ofrecer a un perro un pedazo de pan con una aguja dentro. El perro lo toma y huye gritando y desaparece. Ilucha, aterrado por lo que ha hecho, siente vergüenza de sí mismo. Aliocha Karamazov, andando por la calle, encuentra un grupo de niños que al salir de la escuela están apedreando a un niño que repele la agresión con otras piedras. Aliocha increpa a los niños e intenta defender al que está solo, que no es otro que Ilucha; pero éste, al reconocer al hermano del agresor de su padre, lo apedrea. Aliocha se le acerca para preguntarle qué es lo que tiene contra él, e Ilucha, con toda su furia, le clava los dientes en uno de los dedos. Aliocha se queda sin comprender nada, pero al cabo de unos días lo ve claro: Katerina Ivanova le explica lo que hizo Dimitri con el capitán, y le ruega que vaya a su casa de su parte y le entregue doscientos rublos. Ella, ofendida por Dimitri, se siente hermana del capitán. Aliocha

va allí y reconoce en el hijo del capitán aquel que le clavó los dientes. Ilucha, que está gravemente enfermo, teme que Aliocha venga para castigarle; pero éste, comprendiéndolo todo, no lo abandona y consigue que todos los compañeros de la escuela vayan a hacerle compañía. Sólo falta uno, el que Ilucha desea más que vaya y el único del que esperan sea capaz de encontrar el perro desaparecido. Este único es Kolia, que ciertamente ha encontrado el perro, pero que por su gusto por las fanfarronadas retarda la entrega durante unos días para hacerlo con toda la teatralidad posible. Al fin se presenta, con gran alegría de todos. Pero Ilucha está ya demasiado enfermo, y su entierro pone un final maravillosamente tierno, profundamente triste, pero grandiosamente esperanzador, al libro de *Los hermanos Karamazov*.

III. Este esquema, para el que no hubiera leído la obra, no serviría de gran cosa. Con él tanto puede escribirse un cuento sensiblero, como una novela resentida, como un poema de vidas salvadas por el sufrimiento. El que, sin haber leído el libro, conozca Dostoievski—cosa que juzgamos imposible—adivinaría ya la grandeza del tema. Pero no escribimos el ensayo para subrayar esto, sino para señalar cuánto puede hallar el lector en la historia de estos niños para comprender la profundidad psicológica del niño y del adolescente.

Podríamos considerar la reacción de vergüenza que sienten Nina y Varvara ante las bufonadas de su padre, el capitán, que nos revelan uno de los meandros más determinativos del curso existencial del adolescente. Podríamos entretenernos con el diálogo de Nastia y Kostia sobre la procedencia de los hijos, que nos da una nueva versión del tema. Podríamos entretenernos con Smurov, que tira las piedras con la mano izquierda y es amigo, a escondidas, de Kolia, porque a sus padres no le gustan sus hazañas, que el mismo Smurov alienta tanto como puede. Deberíamos referirnos quizá al tímido Kartachov, que se sonroja de sus propios conocimientos. Pero nos parece preferible considerar sólo dos personalidades muy distintas que nos muestran dos posibilidades en la manera que tiene el niño de dejar de serlo; de aquello que nosotros llamamos el *estar siendo*, y que poco más o menos coincide con lo que Viktor E. Frankl llama: *soy aquel que será*.

Estas dos personalidades son las de Ilucha y Kolia. Pero antes de fijarnos en ellas nos parece necesario anticiparnos a unas posibles objeciones. ¿No son estos niños demasiado rusos para poderlos considerar paradigmas con valor universal? ¿Hemos encontrado alguna vez en nuestras latitudes un niño que en su manera de sentir y reaccionar se asemeje a Ilucha? ¿Puede uno de nuestros niños tener unas ideas y unos conocimientos como los de Kolia?

Comprenderíamos que se nos hiciera la primera pregunta si quien nos la hacía tenía la desdicha de haber sido influido por aquella ciencia y aquella historia que habla del alma colectiva de los pueblos. Nosotros creemos

que no hay un alma rusa ni un alma española. Cada uno tiene su alma propia, personal. Y todos tenemos, cada uno de nosotros, la nuestra, que nos pertenece por completo y no pertenece a ningún otro español. ¿Es que negamos la realidad de Rusia? No; creemos en ella y creemos que Dostoievski la ha expresado maravillosamente. Pero esta realidad, como la realidad española o la italiana, no puede determinar un alma que sirva para cada uno de los rusos o para cada uno de los españoles o italianos. Esto sólo pueden pensarlo aquellos que por la deformación de una psicología a medias, aún no se han dado cuenta de que por encima de la herencia y de la circunstancia está en la propia persona el alma espiritual, creada cada una por Dios. Si Ilucha y Kolia son diferentes de un determinado niño español, será muchísimo más por lo que en ellos determina que sean Ilucha o Kolia, que por ser niños rusos; será predominantemente por lo que determina que un niño español sea un niño personal, con un alma individual, y no sólo un niño español.

En cuanto a la segunda pregunta, nos parece que sólo sería posible en quien tuviera una visión demasiado unilateral de la realidad que lo envuelve. Quien sólo haya conocido al hijo del capitán honorable, le costará comprender que puedan haber hijos con padres sumidos en el fracaso y la desgracia. En cada barrio de cada una de nuestras ciudades hay un hijo u otro con un padre tan desastrado como el de Ilucha. La miseria moral y material puede hallarse en todas partes. Basta haber andado tres pasos con los ojos abiertos para haber encontrado algún hombre como el padre de Ilucha. Además, nos interesa señalar que lo que puede extrañar de Ilucha no se debe a que su padre sea de una determinada manera, sino a la profundidad de su alma, de su orgullo de hijo, de su humildad de hombre.

Kolia podrá parecer un monstruo de ideas religiosas y políticas a quien sólo conozca los hijos de padres que leen «tebeos». Cuando Kolia habla de Dios es porque ha hurgado en la biblioteca de su padre; cuando afirma que es socialista, en el fondo de su alma, aquel socialismo no tiene nada que ver con el de un laborista inglés o de un comunista italiano; es simplemente la inevitable posición del adolescente que se siente impelido a adherirse a cualquiera idea distinta de las habituales en su ambiente familiar.

Ilucha y Kolia son, a nuestro parecer, dos niños que nos dicen a grandes voces: Sí, hay una herencia que nos empuja, una circunstancia que nos obliga; pero por encima de ellas tenemos un espíritu que está dentro de nuestra intimidad y hace que nuestra persona *esté siendo*, que nuestra persona *sea lo que llegará a ser*.

IV. Ilucha es un niño entre los nueve y los diez años, pálido, enfermizo, con unos grandes ojos negros y brillantes que miran a Aliocha Karamazov con una mirada rencorosa y desafiadora. Es el hijo de un hombre minúsculo, capitán expulsado del ejército; más que mezquino, desgraciado; más que turbio, desdichado, que en medio de sus fracasos y de sus bufo-

nañas sigue amando a su esposa y a sus hijos. La madre de Ilucha es una pobre demente que todo lo quiere para ella y que hace constar que Ilucha es el único de la familia que la ama porque le da sus manzanas. Nina, una de las hermanas, es paralítica y jorobada, con una capacidad inmensa para la resignación y la renuncia; no come para que los otros puedan comer, ya que ella sólo se considera un estorbo. Varvara, cuando regresa de la Universidad, no puede soportar las bufonadas de su padre y lo increpa diciéndole: «—¡ No hagas más el tonto, payaso! »

Aquella mirada rencorosa y de aspecto desafiador que Aliocha descubre en Ilucha no es la de siempre; no es, por lo menos, la que tenía antes de que viera a Dimitri Karamazov arrastrando a su padre por los pelos de la barba. Mientras los que pasaban por la calle se reían al ver aquel hombre minúsculo tan ridículamente ultrajado, Ilucha gritaba y lloraba pidiendo auxilio. Corría tras su padre, llamándole, e intentaba apartar al agresor diciéndole: «—¡ Suéltelo, es mi padre! » Al no conseguirlo, hizo un esfuerzo supremo, y cogiendo la mano de Dimitri, se la besó con una expresión en el rostro que su padre no pudo olvidar nunca más y que le hizo exclamar después ante Aliocha: «—¡ Es un chiquillo muy pequeño, pero con una cólera muy grande! »

Aquella mirada rencorosa, aquella cólera eran la contrapartida de un amor muy grande hacia su padre. Cuando iba por la calle implorando la piedad de Dimitri, le daba como argumento supremo: «—¡ Es mi padre! » Su padre, por quien siente un amor que le hace ver en su progenitor lo que no existe, que le dibuja una imagen de una grandeza sin relación alguna con la realidad. Ilucha, como Varvara, sufre con las bufonadas de su padre; pero, al revés de ella, no le increpa, no le insulta; antes bien disimula su contrariedad volviendo el rostro.

La reacción de Ilucha ante la agresión que ha sufrido su padre puede parecernos teñida por el rencor, por la cólera, como surgiendo de las partes menos elevadas de la persona. Pero en Ilucha no son sólo la reacción de la impulsividad vital, sino también de una exaltación espiritual. Del gran amor que siente por el fracasado capitán: «—Papá, ¡de qué manera te trató! —exclama cuando comenta con él la odiosa agresión. —¡ No le perdones, papá, no le perdones! » Y añade: «—Desafíalo; en la escuela dicen que eres cobarde. »

Ilucha siente que a la herida que Dimitri ha inferido a su dignidad de hijo se añade la herida de los compañeros de la escuela: «—Dicen que eres un cobarde. » Y su mirada se torna rencorosa y su cólera se agiganta, y de su espíritu surge una fuerza que intenta compensar el abismo donde ha caído su padre, y con él, él mismo. Empujado por su espíritu, pregunta a su padre: «—¿ Son los ricos más fuertes que los demás? » Y él mismo se responde, diciendo: «—He de hacerme rico, papá, y cuando sea mayor le desa-

fiaré, le arrancaré la espada de su mano y le diré: podría matarte, pero te perdono la vida.»

He aquí la gran cólera, el gran rencor de Ilucha vencidos por su espíritu: «—Podría matarte, pero te perdono la vida.» [El espíritu empujando la decisión para anular el resentimiento, el espíritu empujando la magnanimidad para anular el rencor y la cólera.

¡Qué terrible sufrimiento dentro del alma de aquel niño que ve a su padre humillado y que se humilla a sí mismo besando la mano del agresor! De este sufrimiento surgen su rencor y su cólera, que en un momento de exaltación lo conducirán ciegamente a agredir con un cuchillo a Kolia, el único compañero de la escuela que lo ampara; a morder a Aliocha cuando lo defiende de las pedradas. En su rencor, Aliocha es para él sólo el hermano de aquel a quien besó la mano pidiéndole clemencia. Y aquella humillación para salvar a su padre, ahora que su padre no está presente, se trueca en cólera terrible que lo lleva a tirar piedras, con toda la furia, contra Aliocha. «Cuando éste se acerca, y en vez de pegarle, le perdona, su rabia sube de punto «hasta llegar a parecer un animal dañino». «Se lanzó contra Aliocha, y agarrándole la mano izquierda, le mordió furiosamente en el dedo medio.»

He aquí el sufrimiento empujando su cólera, como pasión vital, contra el hermano de Dimitri; pero muy pronto el sufrimiento empujando de nuevo al espíritu triunfador de lo vital. Cuando, después del mordisco, Aliocha le dice: «—Dime, pues, ¿qué tienes contra mí?, en lugar de responder a tales palabras, rompió a llorar con grandes sollozos y echó a correr.»

¡Qué maravilloso retorno, con este llanto, a la autenticidad de su infancia, tantas veces truncada por el sufrimiento! ¡Cómo le redime este llanto del rabioso mordisco! Este llanto, aunque Ilucha reciba mal a Aliocha cuando se presenta por primera vez a la choza, será el puente de enlace con sus compañeros de escuela, con Kolia, con su perro, con el mismo Aliocha y con aquellas plácidas últimas horas de su vida. Antes de morir, en un impulso de amor extremo, Ilucha le dirá a su padre, que intenta disimularle la proximidad de la muerte: «—No, papá; ya sé lo que ha dicho el doctor...; no llores, papá; cuando me muera, encarga un niño, uno que sea bueno...; ¡pero no me olvides, papá!»

¡Qué sublimes estas últimas palabras: pero no me olvides! El siente que su vida, en su *estar siendo* constante, no ha podido llegar a *ser lo que sería*, y que hasta cierto punto ha defraudado las ilusiones de su padre. Por esto le ruega que encargue otro niño; «pero no me olvides», como sabiendo que en él había algo que merecía no ser olvidado. Entonces, en un supremo impulso, hace la última petición, resumen de toda su vida de niño que ha tenido que vivir ya en adulto a través del sufrimiento, de niño que se marcha con la nostalgia de no haber tenido tiempo de ser todo lo niño que

debía ser: «—Cuando ya esté enterrado, esparce migajas sobre mi tumba para que acudan los gorriones, y me alegraré de no estar solo.»

Diffícilmente podríamos encontrar un ambiente más inadecuado para que un niño pudiera ser aquello que había de ser. Una madre demente que piensa sólo en ella y que no tan sólo acepta las manzanas que su hijo le ofrece, sino que le arrebatara sus juguetes cuando le gustan. Un padre, casi siempre impulsado por el alcohol, que disimula sus fracasos y su miseria con una actitud bufónica. Una hermana paralítica, jorobada, que si bien le ofrece el ejemplo de su resignación y de su capacidad para el sacrificio, ha de hacerle la vida amarga con sólo su presencia. Otra hermana desinteresada de la familia y que no intenta disimular el profundo desprecio que siente por su padre. Y todo este terrible conjunto humano, envuelto en la estrechez de una choza inhóspita, oscura, maloliente.

Dentro de este ambiente, Ilucha, defendido del mal por la herida del sufrimiento, logra vencer con su espíritu todo lo que hubiera podido hacer de él un fracasado de la vida. No, Ilucha no es un fracasado; Ilucha, a través del sufrimiento, vence porque aún es capaz de amar a su padre, de luchar por él, de humillarse por él, de sentirse rencoroso y colérico contra los que han ultrajado a su padre. Aquel mordisco en el dedo de Aliocha, que podría parecernos un impulso animal de su naturaleza—y que en parte lo es—, también ha de parecernos la expresión de un alma que sufre, y que sufre porque, a pesar de todo, aún es capaz de amar a su padre. Aquel padre con el cual después hablará tan tiernamente, haciendo proyectos para una nueva vida que realizarán en una ciudad donde nadie haya visto al pequeño capitán arrastrado por los pelos de su barba. Pero esta nueva vida, Ilucha sólo podrá realizarla cuando su cuerpo esté ya bajo la tierra y vayan los gorriones a decirle que no está solo. Ilucha no teme la muerte; la ve venir y la acepta, y sólo pide que su padre no le olvide. El espíritu venciendo la vida turbia y venciendo la muerte oscura; el espíritu consiguiendo salvarle a través del sufrimiento; el alma limpia, el alma suave de aquel gran niño que no pudo adaptar su esencia a su existencia.

V. ¿Qué hay en cada uno de los hermanos Karamazov que no esté sintetizado en Kolia? Bien poco. Kolia Krasotkin es un admirable análisis de aquellos tres grandes hermanos. El los sintetiza con su persona, en la que hay una curiosa mezcla de personalidad anticipada, de vanidad histérica y de ingenuidad infantil.

El ambiente de Kolia es completamente distinto al de Ilucha. El no tiene un padre a quien perdonar bufonadas ni compadecer miserias; la viuda Krasotkin es una mujer que se desvive por su hijo, de aquella manera que se desviven las madres que sólo piensan en huesos rotos, pero que además se desvive estudiando temas para facilitar la instrucción de Kolia, que se pasa el día leyendo. Esta mujer, que a veces tiene ataques histéricos, está

completamente dominada por su hijo, que ejerce sobre ella un poder despótico. Cuanto más ella le pide manifestaciones de afecto, tanto más él las evita. Cuando la viuda Krasotkin comienza a hacer caso de las inclinaciones amorosas de Dardanelov, el maestro de Kolia, éste empieza a sentir una gran aversión por el maestro, a quien, por otra parte, aventaja en inteligencia, y no se molesta en disimularla ante su madre. Sin embargo, cuando ella enrojece por alguna alusión al pretendiente, Kolia lo disimula hábilmente dedicándose a mirar por la ventana o a examinar el estado de sus zapatos.

Kolia es un niño vanidoso que está descontento de su pequeña estatura. Cuando mira al espejo su cara llena de pecas, no le molesta tanto como su corta estatura. Es uno de estos niños que no cuentan su edad por el número de meses que pasan del año cumplido, sino por los que faltan para llegar al año por cumplir. A veces, delante del espejo, que por lo visto forma parte importante de su circunstancia, se dice: «—¡ Soy chato, chato! » Pero se consuela de sus defectos pensando que de todas maneras tiene una cara inteligente. En su escuela se rumorea que con sus pequeños vecinos Nastia y Kostia juega, haciendo el papel de caballo; pero él declara con altivez que si hubiera hecho aquel papel con chicos de su edad hubiera sido una deshonra, pero que él lo hace para divertir a los «cervatillos». Una vez que en la escuela, haciendo una pregunta al maestro sobre la fundación de Troya, puede demostrar que él está más enterado, exclama ante sus compañeros, admirados: «—¡ Bah! Tonterías. No tiene importancia esto de Troya... »

Su vanidad tiene, a veces, un acusado tinte histórico—que tal vez le proviene de su madre—, y no contento aún con aceptar el respeto que le manifiestan sus compañeros como algo que realmente le corresponde, siente el afán de buscar algo notable que llame la atención de los demás. En cierta ocasión, resentido del poco caso que le hacen sus compañeros de vacaciones, quiere excitar su atención anunciando que se extenderá sobre la vía del tren un momento antes de que éste pase. Y así lo hace, con gran asombro de todos y de él mismo, que disimula el desvanecimiento que la emoción le provoca diciendo que, luego de pasar el tren, ha quedado inmóvil para atemorizarlos.

De entre todos los rasgos de Kolia, el más característico es el de ser siempre un anticipado. Cuando alguien le trata como un niño pequeño, lo toma como una ofensa imperdonable. Y es que él siente que no es un niño pequeño; él sabe que aventaja a Dardanelov, el maestro, en inteligencia; él sabe muy bien que cuando habla con los «cervatillos» dice ciertas cosas sólo para «redondear las frases» y luego recomienda a la mujer que los cuida que no les diga mentiras. De esta anticipación surgen ciertas consideraciones sobre la vida que le hacen exclamar que es socialista, que no cree en la medicina, que aborrece la «sensiblería borreguil», que el estudio de las lenguas clásicas es un disparate y que no hay nada ridículo en la

naturaleza, aunque pueda parecerlo debido a los prejuicios de los hombres.

Ya hemos señalado que estas consideraciones eran una clara manifestación de su adolescencia, ansiosa de manifestarse discorde con su circunstancia, y es preciso no olvidar que, en parte por lo menos, aquella anticipación también era el resultado de su circunstancia, en la que había la biblioteca de su padre, que pudo saquear sin control ni guía. Por esto osaba afirmar, como si fueran la elaboración de su pensamiento, frases con las que aseguraba que Dios sólo era una hipótesis, que reconocía necesaria, y que si Dios no existiera, sería preciso inventarlo. Aunque cuando lo decía no conseguía impedir que sus mejillas se sonrojaran.

Hay un momento en el curso de la novela que nos explica, todo de una vez, cómo era Kolia. Es el momento que se encara con Aliocha y le dice: «—No trece, catorce. Es decir, los cumpla dentro de quince días. Y a propósito, Karamazov, voy a confesarle una flaqueza mía para que empiece a conocer mi carácter. No me gusta que me pregunten la edad. Además... me calumnian por aquí diciendo que jugué a ladrones con los chicos del preparatorio. Es verdad que me mezclé con ellos durante el juego, pero es mentira que lo hiciera para divertirme. Vi que no sabían cómo iba el juego y se lo enseñé. Pero siempre anda la gente contando historias.»

Esta es la personalidad de Kolia, el que sabía hacerse respetar de sus compañeros, decidido, fuerte, ágil, dotado de voluntad y de constancia, audaz y emprendedor, que con sus compañeros se portaba como un buen camarada y que, a pesar de su tendencia a la jactancia, no era altanero con ellos. En su pasión por los libros perdía las mejores horas para el juego, y a pesar de sus lecturas, forzosamente desproporcionadas algunas de ellas, con un profundo sentido de lo ético que le hacía sentir una gran repugnancia por las cosas del sexo. La entrevista con Aliocha, a pesar de desearla vivamente, la difiere largo tiempo: «—Karamazov—dice—es un enigma para mí. Podía haber hablado con él ya hace tiempo, pero me gusta mostrarme digno en ciertos casos.»

Es decir, siempre de la prudencia a la fanfarronada, de la suavidad a la exigencia, del cuidado esmerado a la imposición altanera, del escepticismo a la ética. O por decirlo de otra manera: de Dimitri a Iván y de Iván a Dimitri, y también de estos dos a Aliocha, porque nos queda por decir lo mejor de Kolia: dentro de su alma albergaba el espíritu de un niño. El, el fuerte, el que aborrece las «sensiblerías borreguiles», el que ha mantenido escondido el perro de Ilucha para devolverlo teatralmente, el que ha ido preparando el gran discurso para el día en que *se decida* a ir, como los demás compañeros, a la choza del moribundo Ilucha, cuando está frente a él, cuando obtiene el gran efecto con su fanfarronada, en el momento que ha de soltar las palabras: «—Hola muchacho, ¿cómo va eso?», no sabe qué decir, no consigue el tono tranquilo y alegre que deseaba, ha de hacer un gran esfuerzo para disimular su emoción y siente que ha perdido por com-

pleto la iniciativa. Al cabo de un rato, cuando consigue salir fuera, no puede contenerse más y comienza a llorar como un niño.

Comienza a llorar como un niño porque lo es, él, el anticipado, el que dentro de quince días cumplirá catorce años. Por esto no sólo era él quien quería conocer a Aliocha, sino que también el cristalino, el transparente, el casi angélico Karamazov quería conocer a Kolia y presenciar cómo ante Ilucha, que se estaba muriendo de no poder consumir su esencia de niño dentro de su existencia de adulto, sentía en su mismidad el gran contrasentido de querer existir como un adulto siendo todavía un niño.

VI. En la última página de *Los hermanos Karamazov* hay un diálogo que es tal vez lo que más nos ha inducido a elaborar este ensayo y que nos hace comprender que si Dostoievski pudo llegar tan al fondo del alma de los hombres era porque había llegado al fondo del alma de los niños y allí había visto que el agua era cristalina. Nos parece que la mejor manera de concluir nuestro intento será transcribir el diálogo:

«—Karamazov—dijo Kolia—, ¿es cierto lo que nos enseña la religión que resucitaremos después de muertos y volveremos a vernos los unos a los otros y también a Ilucha?

»—Sí. Resucitaremos, nos volveremos a ver y nos contaremos alegremente lo que haya pasado—respondió Aliocha con entusiasmo y alborozo al mismo tiempo.

»—¡Qué hermoso será!—exclamó Kolia.

»—Bien. Ya hemos hablado bastante. Vayamos al banquete fúnebre. No os extrañe que la gente coma tortas después del entierro. Es una antigua costumbre que tiene su encanto—dijo riendo Aliocha—. ¡Vamos, vamos! ¡Démonos las manos!

»—Siempre así. Cogidos de la mano durante toda nuestra vida. ¡Viva Karamazov!—gritó Kolia en éxtasis.

»—¡Viva Karamazov!—repitieron los niños.»

M.^a TERESA BORDOY, M.^a ROSA CASAS
y JERÓNIMO DE MORAGAS.
De la Universidad de Barcelona.